

LAS INTERMITENCIAS DE LOS ENSUEÑOS. UN ACERCAMIENTO A LA POÉTICA DE LYDDA FRANCO FARÍAS

Peña Bastidas, Armando José*
Universidad de los Andes
Venezuela

Resumen

Los espacios de la ensoñación y las eternas recurrencias de los seres en una reflectaría semejanza de imágenes que se trascienden ellas mismas entre mundos paralelos a partir de la unicidad de la carga poética en Lydda Franco, nos conlleva a un estudio de la misma en las inexorables intermitencias de los resquicios de una soledad que es una y ella misma, dando paso a una necesidad de ser ella quien deslinda sus pasos por los espacios de los sueños.

Palabras clave: sueño, memoria, soledad, hilaridad.

Abstract

The spaces of reverie and the eternal recurrence of beings in reflectaría similarity of images that transcend themselves between parallel worlds from the uniqueness of the poetic power in Lydda Franco, brings us to a consideration of it in the inexorable intermittently the cracks of a solitude that is a and herself, leading to a need to be she who demarcation his steps through the spaces of dreams.

Keywords: sleep, memory, loneliness, hilarity.

*Becario Académico de la Universidad de Los Andes. Estudiante de la Maestría en Literatura Latinoamericana-Universidad de Los Andes-Trujillo. E-mail: armanjopeba@gmail.com

Finalizado: Trujillo, Noviembre 9-2013 / Revisado: Diciembre 5-2013 / Aceptado: Diciembre 20-2013

El decir poesía para Lydda Franco es evocar el sentido más perfecto del acontecer humano. Esos acontecimientos que se gestan en la memoria del ser, donde la experiencia de vida emerge como el cauce de un río hacia la inmensidad del océano. Una inmensidad que se dará en una interrelación con el mundo, con los otros seres que se desdoblán en las intermitencias de la memoria. Para hablar de la poesía de Lydda Franco debemos interiorizar el sentido de arraigo con los ensueños de los recuerdos de una profundidad ensimismada en los acontecimientos de una soledad eterna, que la acompañará a lo largo de una producción poética –si se puede llamar así-, en la cual el degustar o leerla ya es un goce pleno de sentires que se gestan en la enunciación de los seres, que transitan por los resquicios e intermitencias de dicha poética. Podríamos decir que a la poesía como tal, siempre se le ha tratado de dar concepciones, teorizaciones y encapsulamientos a entornos donde la misma ha creado sus propias fronteras, que de una forma u otra las ha quebrantado.

Para Lydda Franco las fronteras son ella misma, su creación va más allá de una simple teorización, de una rima, ritmo y multiplicidades de sentidos en la versificación, no hay para ella un orden de creación en base a la clasificación de su poética, ella la crea y la trastoca con su carga de sentires en los recuerdos y ensueños de su memoria para darle un sentido más amplio a un hecho cotidiano. Ese que da sentido a la formación de un sentir, una soledad que forja la semejanza de las imágenes de los seres que han de transitar por un mundo y abren los espacios de los otros.

Las fronteras no fueron creadas para la poesía, ellas generan un sentido mucho más amplio a la misma, la crea y la recrea en las imágenes del ensueño, la memoria y el recuerdo de un mundo por el cual ella vive y se recrea. Ella lucha contra la opresión de la sociedad que ha pretendido encapsular o conceptualizar la poesía “...contra quienes... consideran incapaces de oponer alternativas válidas en todos los campos del saber.”

(Franco, 1989, pág. 111). La poesía ha ido forjándose con el hombre y su transcurrir por el mundo, con su lengua, lenguaje y habla, con el acontecer cotidiano y con su transcurrir. Ella ha sido el cosmos que se ha transformado en universo, con el origen y su evolución, una especie de reflejos donde el hombre ha de mirarse para reconocerse y saber que aún vive para morir, una muerte que ha de ser un nuevo nacimiento, y ese ha de transformar la recurrencia en un eterno ir y venir por el mundo: “La poesía nos coloca en situación de mito, nos conecta con el cosmos, nos hace visibles y visibles los secretos de lo real escondido...”(Franco, 1989, pág. 112).

Una visión del mundo que nos rodea y es circundante al hombre, su transcurrir por el mundo y esa desembocadura por la cual ha de fluir el recuerdo de algo ya perdido pero que se vuelve y se transforma en la recurrencia de transitar en mundos lineales, donde la poesía es la que recrea los ensueños de la mimesis de los seres, los que se trastocan los límites de puertas que se abren y se cierran, se cierran y vuelven a abrirse para dar paso a la necesidad de sentir en las letras, el llamado a una nueva vida a un nuevo transcurrir por el mundo donde habitan los llamados seres vivos.

Un transcurrir que es una equivocación desde la realidad, pero sin la poesía mirando el mundo como un simple acontecimiento o hecho por el cual recurrir sin miramientos de otra índole, el poema no sería poema sino un simple acto escritural donde el sentir del mismo estaría sometido a ataduras contextuales: “Permanecer pasivos y neutrales es ser cómplices de la sociedad opulenta...” (Franco, 1989, pág. 112). Por tal razón esparcir la poesía por el mundo como un hecho de ampliación es promover el acto imaginativo, esa capacidad de discernir a partir de un acto subjetivado forjado en los pueblos, en la capacidad de la crítica del mundo, en la cual el hombre logre traspasar sus fronteras y con ello el hecho de una conceptualización. Recordemos que el mundo desde su creación ha forjado los mitos, las tradiciones, leyendas

y multiplicidad de secretos escondidos que han servido al hombre como el detonante de sentidos para traspasar sus límites, para crear las contradicciones en el saber quién en verdad es el ser que habita entre dos mundos, es el ser vivo quien pertenece al mundo o es el fantasmal quien de verdad es el dueño de los mundos, o acaso somos uno que se desdobra entre los dos. A sabiendas de que solo se conjugan en su recreación y su semejanza, en el acto de una escenificación de personajes que realizan los más hermosos actos de escenificaciones dentro de un teatro que pone en escena la poesía.

Aquellos secretos de una realidad ficcionada pero que no deja de convertirse en esa realidad alterna de aquel que la lee, la goza, se regocija en ella y la degusta. Una dicotomía arraigada en lo oral, en el mito, las costumbres y necesidades del humano ser, trasladando hacia ella su intermitencia en el instante de una lectura, de una paradójica ambición de un lecho encendido. Un fuego que ha de permanecer proyectándose en sus luminarias, en los procesos imaginativos de una realidad capaz de adherirse en los tejidos detonantes de sentidos, en los silencios de la acompañante y dedicada soledad que no se despoja del hombre, lo posee y lo quiere para sí, en la producción de los significados que se transforman en los significantes de la poesía, esos que en cierta forma han sido maniatados en el arte poético.

Reducir el acto poético a una concepción, función castradora de sentidos y funciones sería en el encapsulamiento del texto, no cabría en él aspecto de una sensibilidad de aquel que ha de crear un poema, poesía o literatura como arte, sino como un simple concepto de teorías circundantes en torno a la subjetividad e imaginación de quienes intervienen en la concatenante de un arraigo de la memoria con los resquicios de la ensoñación. La poesía debe fungir como ese ser que penetre por los poros de la piel, erice los vellos, esa que haga sentir los descalabros de una cotidianidad que se transforma, que cree la pertenencia y

pertenencia de un despertar de sentidos donde la misma pueda desencadenar una creación de mundos alternos, donde esa realidad ficcional es la que se forja en la memoria de aquel que enuncia su afectividad con la cultura, la sociedad a la que está sometida y con la cual debe convivir.

El decir poesía o hablar de la poesía, es el fabular del hombre, de su entorno, del contexto que lo rodea y de la subjetividad arraigada en la memoria del que enuncia un poema. La cotidianidad se entrelaza con la afectividad por un teatro de escenificaciones y significaciones que dan sentido al poema, poesía, poeta y poetisa. Un sentido de pertenencia que existe entre el acontecer literario y su creación de sentidos, ya que por medio de la poesía el hombre plasma su sentir, su necesidad de trascendencia, de recurrir a ella como aquello en lo que se pueda soportar para poder existir, para poder decir en ella lo que ha de manifestar hacia el entorno en el que suscita su vivir. En el recuerdo del mundo y su origen, en la tecnicidad del contexto social, el sentir de lo que llamamos vida, y en la vulnerabilidad de la misma al ser acechada por la muerte. El humano ser necesita la poesía para decir en ella las verdades que en el acto escritural es preciso decir y descifrar, de actuar por medio de la misma como un simple titerillo que pueda mediante las letras ejercer el acto poético movido por los hilos de los dioses.

Así ha de transcurrir el hombre por el mundo, movido por hilos conductores manejado por manos celestiales, que lo desdoblan, lo transfiguran y lo hacen mimetizar el acto de existir en los recuerdos de los orígenes, de las ensoñaciones a las cuales recurrir para trascender su propio ser y convertirse en un acto escritural de semejanzas e imágenes fraguadas en los fuegos de los lechos de la carne, de la vida como una ceniza quemante que ha de encenderse en la poesía.

El recuerdo, la memoria transgresora de sentidos y la transformación de la subjetividad en una afectividad del recuerdo nos conlleva al acto escritural de un texto poético. En cierto sentido, podemos establecer dichas dicotomías en tan solo una aproximación a la poesía, ya que se vuelve una y ella misma. Para decir o proferir palabras, escritos, e incluso textos críticos sobre uno u otro poeta, caemos en las contradicciones y confrontaciones con el poema mismo, ya que él posee su propio ser, movimiento y detonantes de sentidos. De tal manera, aquello que realicemos hoy se puede contradecir el día de mañana.

Al hablar de contradicciones y dicotomías poéticas, nos encontramos en las intermitencias de nuestro transitar, ese que se torna efímero y distante a la vez, aquel en el que la cotidianidad nos deja entrever las constantes ensoñaciones de los seres que transitan por este lado del espacio que se torna el atrayente de la poesía de Lydda Franco. Una atracción por los espacios de ensueño, esos que se forjan como la tejedura de telarañas entramadas en los resquicios de la memoria, y que funge como el acto de escenificaciones en el teatro de los acontecimientos. El teatro donde se ejecuta la más hermosa obra de arte desde los actos y partituras de una poesía, de una musicalidad que vive y se mimetiza ella misma como los personajes y sus ejecutantes, esa ritualidad de ser aquel quien se desarrolla en la puesta en escena de los acontecimientos de una realidad circundante en la poesía de Lydda Franco.

Esos acontecimientos que surgen desde aquello llamado irreal, pero que en el instante de una lectura o relecturas causa un acercamiento a la realidad cotidiana del ser de la enunciación (lector), lo que causa una interrelación entre el lector y el texto (poesía). En consecuencia, en los poemas de Lydda Franco encontramos la necesidad de una ritualidad encarnada en lo ideológico del mundo cotidiano, una teorización del espacio donde habita el ser que trasciende un mundo para habitar otro, ese que funge desde la

búsqueda del pensamiento trágico del mundo como traslado hacia la eterna recurrencia del ser. Una trascendencia basada en la mortalidad y la vulnerabilidad del que transmigra los espacios y de la inefable traslación por la delgada línea tendida como un puente entre un mundo habitado por cuerdos para ir hacia el que solo transcurren los efímeros seres que se mueven al unísono de una musicalidad que los desdobra ejerciendo así su visita fugaz:

Visitante fugaz del desvarío
tomá nota si querés del extraño caso de
una mujer que se niega
a cortar flores
que se empeña en no servir para nada
que se atavía para asistir a la ceremonia
del juicio final
...

Despreciable como un falso
testimonio
que después de todo es vulnerable.

(Franco, 1994, pág. 97).

Dejando en entredicho como negación de traslado la necesidad del desdoble de un lugar para darle un sentido de desconcierto en el ámbito de construcción a las inefables apariencias del destino. Ese destino formado en el inconsciente de un colectivo que de una u otra manera ha ido interiorizando un sentido de arraigo con la traslación de sentido que da Lydda Franco a los espacios de lo cotidiano, esos que se trascienden los resquicios de la sociedad, la periferia que emerge como un centro, un todo, transfiriendo el sentido idealizado del mismo como concatenante de sentidos entre un espacio y otro. Los sentidos que incurren a la invasión de roles, esa que es un ir y venir, los cruces de los límites de periferias y centros, de máscaras ensimismadas entre puertas con manecillas doradas y algunas oscuras, un alterado sistema dialogal de sí mismo, ese descalabro que ha llamado la poetisa y lo transforma en la obertura de multiplicidades signicas para aquel que cree tejer su telaraña sin antes haber sido engullido por la de Lydda Franco.

Una entramada poética, hilada con la más fina de las cuerdas, de la musicalidad que pueda lidiar el liricista, aquel que da en ella con la alegoría de una vida entretejida entre muerte, desobediencia y anhelo por el mundo espectral como el que forja en sí mismo un acto de escenificaciones:

...

Esqueleto ambulante
y sin vos
alimento de perros
y sin vos

...

(Franco 1994, pág. 29).

Dejando de manifiesto el acto de una esperada transmigración de un mundo a otro y del traspaso por la línea que los divide donde habitan los seres de la enunciación poética. Una enunciación que se realiza desde la ensoñación, donde las imágenes de los cuerpos se transfiguran en sus semejanzas, esas que emergen desde la ritualidad germinada en un transcurrir y un estadio, en el misticismo de la letanía que se vuelve efímera, en la transposición de los cuerpos regocijados en la sobrevivencia de un acto legitimado como la salvación del ser, ese que se desencadena en una perfección orgásmica:

...

Te quejas porque nadie
tiene tiempo para estarse ahí sosteniendo
además de la responsabilidad
de tu cuerpo la irresponsabilidad de tu
desnudez sin brújula desbocada
y con molinos y aspas y arenas
movedizas.

...

sólo el orgasmo es conmovedoramente
cierto. a quien le importa tu sobrevivencia
en tanto haces el amor eres
magnífica. casi perfecta.

(Franco, 1985, pág. 35).

Una perfección que va más allá de un abrazo, de un eco que se vislumbra en lo cotidiano, en la perplejidad, en la aceptación de sentirse ella, viva y con el sentido de seguir

transfigurándose en esa semejanza que se mimetiza para luego ser una muñeca que se desplaza por medio de una ritualidad encarnada a través de sus letras. La palabra se desdobra, se transforma en un huidizo transcurrir, en un deslinde de fusionalidades, que abre los actos de las escenas en una ceremonia encarnada en el descalabro de las oberturas, de sumarios y de eternas recurrencias de su cotidianidad desmesurada. Una desmesura en su significancia, en su sentido de arraigo con los espacios del ensueño, transfigurados en una semejanza que está destinada a emerger como aquella que se desplaza a partir de su imagen.

Existe un desplazamiento dado en el enmascaramiento del ser, del cuerpo que se transforma en la dulce espera de los aconteceres cotidianos, esos que se tornan como los sentidos intermitentes de los deslindes del sueño, una revelación basada en la búsqueda de un origen que se envuelve en un hermético sentido desdoblado, poetizado, por el que se enuncia un sentido contextualizado de aquellas fronteras que impone la palabra profética y poética de Lydda Franco. En cierto sentido existe un desplazamiento de sus memorias, de una mitológica traslación de sentidos que la transforma en la creadora de sus propios sentires y aconteceres cotidianos como la gnosis de su genealogía poética. En consecuencia, esa genealogía es la que se torna en un ir y venir de los seres, de los sueños y los recuerdos que han de provocar la transformación de mundos posibles donde la poetisa encarna sus sentires, sus tragedias y aconteceres mitológicos como el origen de la poética trastocadora de los sentidos de los enunciantes.

Un desplazamiento generado en la interiorización de su cotidianidad, ese que la desdobra y la transforma en la génesis de una mitología encausada en su sentir poético, en su sentir las letras y la recrea como la más fina de las tejedoras que engullen su presa en las telarañas de sus recuerdos. Un sentido poético ideado en un contexto de que toda su carga

poética se vuelve uno y ella misma, su imagen convertida en su semejanza transmigrada a la mimeticidad de la palabra, esa que se convierte en la subversión de su realidad, de su acto cotidiano que se transfiere como un sentido poético de una transfiguración de lo rutinario, de ese acto de existir en los ensueños, en los resquicios de la memoria y el transmigrar por el deslinde del mundo. Ese deslinde que se promueve entre lo visible-invisible, lo sensual, espiritual y por supuesto lingüístico, es lo que genera en ella su carga dialogal emotiva y transgresora quebrantadora del mundo social, convirtiendo el poema en su lugar de ensueño. Un lugar de ensoñación que dará un sentido transgresor del mismo, una carga emocional que transforma una palabra en el espacio donde los seres se forjan y trascienden por los resquicios de una memoria afectiva en un mundo donde los seres se aclaman evocando la semejanza del otro.

Existe la evocación de aquel que trasciende los espacios de la ensoñación como el huésped que se aloja en la casa ajena de los circundantes resquicios de los sueños, ese que toca las cuerdas musicales que han de desencadenar las melodías hirientes de los sonidos desgarradores, que transitan de un lado a otro siendo un transmisor de sentido a través de la semejanza con su otro yo. Ese yo que se desdobra para convertirse en la semejanza de quien lo recrea, lo mueve y lo mimetiza para traspasar y trastocar los límites a los que ha sido encadenado el otro, el cual está condenado a vagar por los resquicios de los recuerdos de su ensoñación.

Esos recuerdos que han de transitar por los espacios de la ensoñación y de la memoria, que se transfieren los sentidos unos con otros profiriéndolos y transcurriendo por los mismos mundos, donde unos conjugan su ser con el otro. Los resquicios de una soledad que encarna una ensoñación, una cotidianidad que se desplaza por ambos rumbos y crea en ellos su multiplicidad para dar paso a los avatares de la creación poética. Esta creación que se promueve como acto escritural desde

el recuerdo, la ensoñación, la soledad y los acontecimientos que dan sentido a las intermitencias de la escritura dialogal que existe en la poética de Lydda Franco.

Una escritura dialógica que se genera en la unicidad de su creación poética, que se une y desenlaza en los resquicios de una ensoñación unísona de sentidos en su carga poética, esa que transita de un lado a otro, se mueve por los espacios de la memoria, de su cotidiano transcurrir por el mundo de los acontecimientos para transformarse en las personificaciones arraigadas desde los resquicios de su soledad acompañante. La soledad como eterna acompañante se torna como la necesidad de esa musa que ejerce como la unicidad de los seres que se conjugan en uno, dan paso a sus recreaciones y a sus semejanzas creando el detonante de sentido de la poética, un sentido de interiorización del recuerdo, de la ensoñación donde ella ejerce como recreadora de los sentidos de una eterna recurrencia de los actuantes. El sueño como la materia especial que da vida, que es una proyección de la vida, una suerte de mágicas conjeturas que se entrelazan como atestiguando que ella aún vive, que ríe, llora y siente las intermitencias de su soledad, en el accidente remoto de una complicidad inadecuada de los recuerdos, esos que se transfieren como las claves de vida, como las imposibilidades y posibilidades de un sueño recurrente, el del recibimiento de la carta esperada en la casa viva, aquello como lo único que perdura en su memoria. Los sueños que no han ocurrido como un refugio de su afectividad, esos que dejan dilucidar los recuerdos para transformarlos en la imagen de una soledad que se vuelve eterna traspasando los límites de la memoria:

(...) puente
entre dos espejos
hebras
la mirada se invierte
en el doblez
(Franco, 2002, pag.296).

Un traslado de miradas que se invierten en la reciprocidad del otro que se desdobra en la imagen y se convierte en semejanza, ese que se vuelve su propio personaje, que recurren a la conciencia de aquel que enuncia un sentido dentro de la poética. Una poética que se forja en cada refractario y recíproca conjetura de vida, esa que da sentido a la construcción de nuevas ataduras de sentido en los reflejos continuos de una soledad que coexiste en el espíritu de una poética alucinante.

En efecto, la coexistencia de la poesía y poética como gozo, como lucha inagotable de dos seres que se vislumbran en los acontecimientos de la cotidianidad, esas almas que se conjugan y se hablan en un sentido de pertenencia aun estando entre dos mundos que difieren entre sí. Podemos decir que existe una coexistencia de mundos que vislumbran un sentido que se transforma en las consecuciones de los seres a partir de la imagen reflejaría inexistente, que se forja en las ruinas de la soledad y que en ella resurge desde la hilaridad de los tiempos consumados en las penumbras de una vida que es otra vida, de las visiones del ser, de la ausencia de una muerte esperada en los albores de un nuevo transitar por el espacio de los sueños.

En consecuencia, el decir unas pocas palabras como aproximación a la poesía de Lydda Franco es proferir tan solo el acercamiento a una poética de los recuerdos, de la memoria y los ensueños de una vida que forja en ella la necesidad de una traslación de sentidos a partir de lo que su ser, su espíritu y su vivir genera en los resquicios de los personajes que se reflejan en las aguas de los ríos que se desembocan en la inmensidad de los océanos. Una poética que nos lleva a un arraigo con la misma, con la necesidad de dilucidar a través de ella una concatenación de sentidos que traspasan los límites de las fronteras a las que se les ha impuesto a la poesía.

Esos límites que se transforman en sentidos, en la imagen de un sueño, ensueño y memoria, para dejar en entredicho la

necesidad de ser ella quien se recrea en sus recuerdos, que trastoca los acontecimientos y la sola vuelta a un transcurrir por el mundo de los efímeros ambulantes que se generan en sus semejanzas de significado para ser esos que representan las escenificaciones en el teatro de los acontecimientos de una teatralidad que deja para sí los más hermosos actos de musicalidades desenfrenadas en los resquicios de una desmesura hilada con la más delgada y fina tela que no ha de cortarse hasta el engullimiento de la presa anhelada.

La telaraña que se teje y vuelve a tejerse, la que el devorador va hilando con la más delicada extrañeza, la confunde en su sentido pero retorna con hermosura y fineza, la desdobra y la transfiere a los otros mundos, visiones y sentires de aquel quien osa a trasladarse por la misma. Una presa que no deja de reflejarse en ella para convertirse en cazadora, la transformadora de sueños, memorias y recuerdos por donde habitan los seres que se vislumbran en las intermitencias de una soledad desmesurada. Una soledad que la transfiere como una imagen que es una semejanza, un acto de mimesis desde la recreación de un acto manejado por las manos que nos mueven desde las alturas.

Por tal razón, la poética de Lydda Franco se mueve como el acto de escenificaciones de los seres que se desdoblan y se recrean unos a otros para ejercer su acto mimético de representaciones encarnadas en los resquicios de la memoria.

Referencias bibliográficas

Arenas Capello, Enrique (2008). *El azogue ubicuo. Esbozos y ejercicios críticos*. Maracaibo. Universidad del Zulia, Ediciones del Vice Rectorado Académico. Colección Textos Universitarios.

Franco Farías, Lydda (1995). *Poemas circunstanciales*. Ediciones de Ateneo de Coro.

- Franco Farías, Lydda (1994). *Summarius*. Coro. Asamblea Legislativa del Estado.
- Franco Farías, Lydda (1994). *Recordar a los dormidos*. Maracaibo. Fondo Editorial Esther María Osses. Universidad del Zulia.
- Franco Farías, Lydda (1994). *Bolero a media luz*. Mérida. Ediciones Mucuglifo.
- Franco Farías, Lydda (1994). *Descalabros en obertura Mientras ejercito mi coartada*. Maracaibo. Gobernación del Estado Zulia. Colección Lago de Maracaibo.
- Franco Farías, Lydda (1998). *Una*. Maracaibo. Gobernación del Estado Zulia. Ediciones Mar de leva. Colección Pleamar.
- Franco Farías, Lydda (1989). “*Los legisladores invisibles del mundo*”. Cultura falconiana. Coro. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Volumen V, números 1 y 2.
- Franco Farías, Lydda (2002). *Antología poética*. Selección y estudio crítico de Pedro Cuartín. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Fondo Editorial del Estado (INCUDEF).
- Franco Farías, Lydda (2003). *Reflexiones sobre la lectura, escritura y los maestros*. Revista In Fábula. Número 7. Maracaibo.
- Gomez Valderrama, Pedro (1980). *Más arriba del reino*. Editorial Pluma. Bogotá.